

## Curiosidad

Has visto algo extraño en la piel del mundo. Extiende el brazo y trata de tocar una de las paredes de hormigón de la cárcel en la que crees estar atrapado. Sabes que en alguna parte debe estar la pieza que no encaja. El muro sigue estando ahí pero a medida que te acercas se aleja, parece tratar de escabullirse, se curva de un modo grotesco y, finalmente, la lógica de la geometría se impone porque la esquina ya no puede retroceder más sin convertirse en túnel, en *salida*, y los dedos hallan una grieta que no existía, escondida en lo impenetrable, lo sellado, lo *sólido*.

En los sugestivos sueños de Eva Davidova –como tales tomaremos estas imágenes ralentizadas, donde la artista parece flotar en líquido amniótico, o las holografías, que espectros serían al fin y al cabo si nada supiéramos de la impresión múltiple con haces de Luz Amplificada mediante Emisiones eStimuladas de Radiación, o esas fotografías en las que la figura se desmaterializa en un tornado de píxeles- el mundo tiende a convertirse en una prolongación de su propio cuerpo: “de alguna manera sé que el espacio alrededor y el tiempo son exactamente como nuestras vísceras. Mis deseos o divagaciones son como una línea, un dibujo que cruza, uniendo o separando la carne del espacio”. Tal línea imaginaria, que serpentea entre dos o más dimensiones, toma en la obra de Eva Davidova distintas formas siempre reveladoras sobre las que volveremos más adelante: puede ser una *cinta de Moebius* (uno de sus símbolos predilectos), una *figura imposible* (forma ambigua y paradójica nacida de una falla en los sistemas de representación), un *tubo* (que habitualmente sirve para canalizar *sustancias* de naturaleza indeterminada) o un *espejo* y puede ser, evidentemente, una *piel*. Todos estos iconos han estado presentes en sus cuadros desde los inicios de su trayectoria en España, pero tengo la impresión de que a la luz de los nuevos trabajos en formato digital y fotográfico que se presentan ahora por primera vez en galería, toda la obra de Eva Davidova cobra un sentido muy diferente del que hasta ahora tenía o se le había atribuido.

Llevadas las interpretaciones al límite –y desde mi acreditado escepticismo y mi incredulidad absoluta-, la obra de Eva Davidova sólo puede justificarse si se le atribuye a la artista cierto potencial *visionario*; algo que me resulta incómodo y, además, me parece *peligroso*, pero que he de aceptar desde el momento mismo en que la obra *actúa* efectivamente, perturba, emociona e incluso *impone* una cierta lógica. Ciertamente la sola intuición de que *algo* no cuadra en las explicaciones que del mundo nos ofrecen la

ciencia, la filosofía y aun nuestros propios sentidos no basta para poner en cuestión esas leyes universales que gobiernan la materia y que limitan nuestros movimientos y, también, nuestros sueños y nuestros *anhelos civilizados*; aunque tampoco es dañina en sí (más bien sería liberadora). El problema es la alternativa que se nos deja: muertos los dioses, desmitificadas las figuras mitológicas y cazadas hasta la extinción las criaturas fantásticas, el debate entre razón e intuición necesariamente ha de llevarnos a elegir entre ciencia y *superstición*, porque ese paisaje *otro* situado más allá de todos los horizontes en el que moran lo inexplicable y lo sobrehumano ya no es *necesario* para explicar el mundo. Y al convertir sus cuadros en *películas* y en *fotografías*, todas las conexiones invisibles en las que centraba su argumentación -“gran parte de la pintura de Eva gravita alrededor de conceptos como la telepatía y las conexiones mentales”, dijo Javier Hontoria, exagerando tal vez un poco-, todas esas superposiciones de espacios y momentos, esas transmutaciones de los personajes en traslúcidos receptáculos, esas atmósferas opresivas, esos lugares suspendidos en el vacío, adquieren una nueva significación porque el poder evocador de la pintura no es el mismo que el de la imagen gráfica: ese reencontrarse en las cosas y en los símbolos que propone -porque lo atisba- Eva Davidova deja de ser una “mera” evocación poética de sus emociones íntimas y particulares, una plasmación de sus sensaciones en pinturas singularmente desgarradas y/o conceptualizadas, para convertirse en una *irrealidad* (filmada y documentada) que, por mor de una incesante *repetición*, termina por afirmar su *autonomía* y una *verosimilitud hiriente*. Y esta, inevitablemente, destiñe sobre su obra anterior, haciendo que se nos aparezca aún más enigmática y *visionaria*.

Bien es cierto que, aunque objetivamente no necesitamos de lo sobrehumano para explicar el mundo, acaso sí hayamos logrado demostrar a lo largo del convulso siglo XX que el mundo no es exactamente una *cosa* que se *explica*. No me extenderé sobre esto: sabido es que, al principio, pudimos soportar la *orfandad* porque nos habíamos convertido en *héroes*, en los protagonistas de la epopeya; y que pronto todo quedó en una insensata orgía consumista, en la industrialización del crimen mismo y en la irreversible desintegración del alma de Occidente (buen momento es, dicho sea de paso, este año zambraniano para reflexionar sobre tales asuntos, y para volver sobre su “razón poética”). Y nuestra mirada sigue hoy puesta en la ciencia, pero no tanto para que nos sorprenda con nuevos hallazgos (razón esta por la que ya fracasan *comercial* y *políticamente* incluso aventuras tan maravillosas como la conquista espacial) como para que solucione problemas apremiantes (como el hambre, la polución o el agotamiento de

los recursos) y, sobre todo –paradoja increíble- para que se tope cuanto antes con sus propios límites, con *algo* que sea realmente *inexplicable* (lo atisba ya la mecánica cuántica) y abra nuevas vías de interpretación del universo, del comportamiento de la materia, del tiempo y del espacio.

Por eso las fábulas del científico (conocidas vulgarmente como ciencia-ficción) acaso sean, como decía Bradbury, un instrumento particularmente útil para describir el mundo de hoy, ya que el camino que trazan hacia lo imaginario, lo imposible o lo sobrehumano, está empedrado con los irrefutables argumentos de la ciencia (y con los sueños inevitablemente realizables de la tecnología). Hay algo de esto en las últimas creaciones de Eva Davidova y tal vez también haya algo de esto en las razones que la han llevado a una progresiva –y puede que pasajera- renuncia a la pintura. Tanto las animaciones en bucle como las fotografías de esta exposición apelan a esa cierta verdad objetiva que está presente en lo tecnológico; y, pese a todo, estas obras no están tan lejos de sus pinturas de hace unos años: los espacios tramposos, los tubos y vísceras, las hibridaciones y superposiciones nos han acompañado desde sus primeras exposiciones, tanto como los laberintos, piscinas y retratos que aquí vemos. La *cinta de Moebius*, figura “que confunde lo que está dentro con lo que está fuera y es una frontera curva entre dos superficies paralelas”, representaba ya hace unos años –cuando aparecía en forma de signo pintado- “un laberinto de historias circulares”, preludiando estos *bucles animados* en los que ha estado trabajando.

He dicho a menudo que, en último término, la apreciación de la obra de arte sigue siendo –incluso ahora, cuando toda pieza que se precie ha de venir arropada por un complejo discurso difundido instantáneamente a nivel global que es traducido sin más por todos los *gurús* locales angloparlantes- una cuestión de *fe*. En el caso de esta obra tan rica en sugerencias, tan compleja y tan llena de vida, se nos exige cierta fe en la capacidad de la artista para descubrir la *falla* en nuestra concepción del universo y se nos ofrecen, como única prueba, las infinitas conexiones que se establecen entre las distintas piezas presentadas aquí y a lo largo de toda su trayectoria. No tengo respuestas; pero estoy seguro de que, ya la veamos destripando un cojín, abriendo una brecha en un torso desnudo, tratando de escapar de una burbuja de piel, hundiendo sus manos en una bañera para extraer palabras o clavándose un libro en la tripa, Eva Davidova está manipulando una sustancia que a todo el mundo se le olvidó nombrar y que es, evidentemente, la que nos mantiene unidos al mundo.

Javier Rubio Nombrot